

ESTALINISMO: ¿DESPUES QUE?

Andrzej Werblan

Este artículo representa una contribución a la cuestión del futuro del socialismo en los países del «socialismo real» y, más precisamente, en Polonia. El propio término «socialismo real» es impreciso y es objeto de grandes controversias. Fue introducido en el lenguaje político por Mijail Suslov en la época de las disputas con los eurocomunistas. Fue para comparar la visión del socialismo de estos últimos, o el modelo de socialismo que ellos postulaban —que según el criterio de Suslov era utópico e irreal—, con el socialismo existente o real. A pesar de su falta de precisión, el término prendió y está siendo empleado tanto en el lenguaje popular como en el más académico, aunque no en el sentido exacto en que lo acuñó Suslov. Se emplea sencillamente para describir al grupo de países que han abrazado sistemas políticos y socioeconómicos afines al sistema soviético. Para precisarlo más, los sistemas de estos países fueron en un tiempo prácticamente idénticos al sistema soviético, puesto que evolucionaron bajo la guía política e ideológica de la URSS. En la actualidad, ya existen considerables diferencias entre los distintos países de este grupo, aunque todavía tienen un parentesco en los temas fundamentales. Este grupo abarca primeramente a la URSS, los países socialistas europeos y Mongolia. En cambio, China, Corea, Vietnam, Laos y Camboya, así como Cuba, incluso con las innumerables similitudes con los países antes mencionados, se han conformado en un conjunto diferente de circuns-

tancias y están marcados por otros rasgos específicos. Por eso, incluso las notables analogías ocasionales entre los procesos de desarrollo de China y la Unión Soviética deben ser analizadas con bastante cuidado.

Todavía menos claro está el término «futuro del socialismo». ¿Se está hablando de la idea del socialismo o del movimiento político que lucha por su materialización, o de un sistema socialista? El socialismo en sí mismo fue y continúa siendo entendido de varias maneras por diferentes corrientes del movimiento obrero, para no hablar de los movimientos de liberación nacional que declaran su lealtad al socialismo. Pero aquí no es posible ni necesario un análisis de la cuestión, tan importante por otra parte, de la definición del socialismo. Pienso que la declaración del autor bastará. Cuando hablo de socialismo del futuro no identifico este término con una visión comunista o socialista de un nuevo sistema. Tengo en mente varias ideas y postulados comunes a todas las corrientes del movimiento obrero, es decir, la creencia de que la justicia social no debe tener propietario, sino que el trabajo se convierta en la base de la participación del hombre en la riqueza nacional, que, por esta razón, la propiedad colectiva sobre los medios de producción merece apoyo, que la eliminación de la explotación del hombre por el hombre es la condición necesaria para la libertad y el desarrollo de cada individuo, que la sociedad debe asegurar a cada individuo igua-

les oportunidades de desarrollo, trabajo, educación, participación en la vida colectiva y en las decisiones que acarreen consecuencias públicas.

Me gustaría hacer mis consideraciones sobre todo respecto a las realidades polacas. Sin embargo, una referencia a la experiencia de otros países, sobre todo de la Unión Soviética, parecerá inevitable. El sistema del socialismo real en la URSS, al igual que en China y en algunos otros países, ha evolucionado única o principalmente mediante un proceso social interno y sobre la base de las propias fuerzas sociales; no fue importado del exterior, por tanto es primario, más puro, se podría decir que es clásico por naturaleza.

Darí una respuesta positiva a la cuestión de si los países del socialismo real son realmente socialistas. En esta cuestión, comparto el criterio y los argumentos avanzados por Adam Schaff, quien, manteniendo las tradiciones marxistas, afirma que el carácter de un sistema está definido por las relaciones de propiedad (A. Schaff, 1983). La eliminación de la propiedad privada sobre los medios de producción y su sustitución por la propiedad pública, en este caso la propiedad estatal, califica a los países donde ha tenido lugar semejante cambio como países socialistas, al menos en el sentido más estricto de la palabra. Son socialistas con independencia de la medida en que otros elementos de la vida social se aparten de los ideales socialistas. Este es un socialismo imperfecto, deficiente, incluso repulsivo.

Dichos países no pueden tampoco rechazar una etiqueta socialista debido a las relaciones económicas y, en cierta medida, tampoco por las relaciones sociales y políticas que los conforman; soportan un vínculo genético con las ideas proclamadas por Marx y, de manera más amplia, por los socialistas europeos del siglo XIX, en general. Volveremos a este vínculo en una fase posterior, pero por el momento deberíamos observar al menos que las relaciones sociales y económicas que conforman los países del socialismo real, en particular, la sustitución de la propiedad privada sobre los medios de producción por la propiedad estatal, realmente no representan la única, y menos aún una consistente, materialización posible de la idea de Marx. Se puede argumentar acerca de la legitimidad de esta herencia, pero no se puede cuestionar este vínculo genético con el marxismo.

Esta variedad o, si se prefiere, este modelo de socialismo se encuentra desde hace bastante tiempo en un estado de profunda crisis. Ha contado con la oposición firme de amplias masas y, al mismo tiempo, los partidos comunistas gobernantes han demostrado ser notoriamente incapaces de

tratar la situación y los problemas. La *perestroika* en la Unión Soviética y otras tendencias reformistas representan un intento de manejar la crisis, de superarla mediante la adaptación y el desbloqueo. Sería prematuro valorar aquí las oportunidades, aun cuando el resultado contiene parte de la respuesta acerca del futuro del socialismo dentro de este grupo de países. Antes de intentar esbozar una hipótesis concerniente a esta cuestión, tenemos que considerar primero varias cuestiones históricas, cómo la historia de los países del socialismo real hasta la fecha definirá fundamentalmente su futuro, delinearé el campo dentro del cual se desarrollará el juego del mañana. Se plantean aquí dos cuestiones. ¿Qué clase de revolución tenemos en estos países, qué fuerzas sociales definen su contorno y aseguran la victoria?, sería la primera pregunta. La segunda es: ¿Por qué el desarrollo posrevolucionario de estos países cae en el estancamiento económico y el despotismo político? Esta es una pregunta relativa a los orígenes y la naturaleza del estalinismo.

I. EL CARACTER DE LA REVOLUCION EN LOS PAISES DEL SOCIALISMO REAL

«Las revoluciones sociales han sido hechos raros, pero trascendentales, en la historia moderna del mundo. Desde la Francia de 1870 al Vietnam de mediados del siglo XX, estas revoluciones han transformado las organizaciones estatales, las estructuras de clase y las ideologías predominantes. Han dado lugar al nacimiento de naciones cuyo poder y autonomía sobrepasaron considerablemente sus propias participaciones prerrevolucionarias y aventajaron a otros países en circunstancias similares... En algunos casos, las revoluciones sociales han dado lugar a modelos e ideales de enorme impacto y atractivo internacional, especialmente donde las sociedades transformadas han sido importantes en extensión y geopolíticamente, Grandes Poderes reales o potenciales» (Th. Skocpol, 1979).

Las revoluciones por las cuales evolucionaron los países del socialismo real fueron sociales y políticas por naturaleza, al resultar en una transformación fundamental, explosiva, de las estructuras sociales, estatales y clasistas. En este sentido, difieren de las revoluciones puramente políticas, que sólo cambian la estructura estatal, y de las rebeliones que, aun involucrando a amplias masas y derribando a las élites gobernantes, no producen cambios estructurales. En algunos países socialis-

tas, las revoluciones han sido victoriosas únicamente, o en lo fundamental, debido al apoyo que obtuvieron de las masas populares en sus países. Dentro del contexto europeo, esto es particularmente cierto con respecto a la revolución rusa, pero también respecto a la revolución yugoslava. Fuera de Europa, esto es cierto con respecto a las revoluciones en China, Cuba y Vietnam. En otros países, incluyendo Polonia, el factor geopolítico, en forma de intervención directa y apoyo indirecto por parte de la URSS, desempeñó un papel importante, a menudo decisivo. Se podría hablar aquí de revolución exportada. Esto no quiere decir que las transformaciones que tuvieron lugar en dichos países se vieron privadas de una base social nativa. La historia ha conocido muchas ocasiones en que las revoluciones «importadas» han «echado raíces», estableciendo su propia base firme. Por ejemplo, las ideas y las instituciones traídas por los ejércitos napoleónicos desde la Francia revolucionaria fueron abrazadas por los *duchy* polacos de Varsovia y en el norte de Italia, mientras que fueron rechazadas en España y en Alemania.

Las revoluciones socialistas del siglo XX han triunfado hasta ahora principalmente en países rurales, económicamente subdesarrollados, con fuertes vestigios de feudalismo. Un rasgo distintivo de las estructuras sociales en estos países fue la inmensa superpoblación rural. Esta cuestión ha sido estudiada en detalle en Polonia, donde en la década de 1930 la superpoblación rural fue estimada entre cinco y ocho millones de personas, o el 14-23 por 100 de toda la población. La superpoblación agraria fue también con mucho una característica de la zona europea de la Rusia zarista a principios del siglo XX, aunque fue enmascarada por la gran propiedad común (*obshchine*) sobre la tierra. Historiadores económicos estiman que la mitad de la población campesina de Rusia era incapaz de ganarse el sustento con sus granjas. Los intentos realizados por Piotr Stolypin para aliviar la situación, disolver la *obshchine* y colonizar Siberia resultaron un fracaso (L. Bazylov, 1972).

La superpoblación agraria trae consigo una situación en la cual una parte considerable de la población campesina no tiene tierras, empleo ni medios de subsistencia en la zona rural. Las reformas agrarias que reparten los grandes patrimonios de haciendas sólo pueden aliviar el problema, pero no resolverlo. Por ejemplo, la reforma agraria de 1944-1945 en Polonia aportó tierra de las grandes haciendas divididas en parcelas sólo suficiente para una pequeña parte del gran número

de pequeños campesinos y campesinos sin tierras, que aun así recibieron un máximo de 5 a 6 hectáreas de tierras estériles y granjas subdesarrolladas. Debido a la superpoblación agraria, millones de personas de las zonas rurales vivían en una pobreza horrible, sin trabajo regular, sin dinero, fuera del ámbito general de la cultura, en un estado vegetativo semianimal, sin ninguna perspectiva para el futuro.

Las razones de por qué la superpoblación agraria, común a lo largo del proceso de desarrollo capitalista, fue tan particularmente desenfrenada en ciertos países de Europa durante los siglos XIX y XX, y recientemente también en el Tercer Mundo, exigirían un análisis aparte. Ahora pasaré por alto esta cuestión, limitándome a señalar sus graves consecuencias de largo alcance. Un excedente de trabajo barato, no cualificado, fue el instrumento para petrificar las relaciones feudales persistentes en la zona rural y para retardar la modernización y el crecimiento de la industria en las zonas urbanas. La pobreza y el atraso condujeron a estructuras estatales débiles y ayudaron a reforzar las estructuras políticas obsoletas. Los factores que alimentaron las revoluciones rusa, china y otras similares fueron inherentes a la propia textura social, sobre todo fuera del área del conflicto clasista entre proletariado y burguesía, aun cuando la ideología socialista de este conflicto, formulada sobre mediados del siglo XIX en los principales países industrializados de Europa occidental, ofreció la señal de guía política y moral para estas revoluciones, en tanto que el movimiento obrero aportaba las élites de organización, propaganda y dirección.

La Primera Guerra Mundial provocó en Rusia la fusión de varios elementos que podían desembocar en una revolución victoriosa: el debilitamiento y el compromiso en que se encontraba el Estado por los reveses militares; el reclutamiento y el armamento de millones de campesinos empobrecidos; la existencia de pequeñas élites políticas de izquierda, reclutadas entre los intelectuales y los trabajadores ilustrados, moralmente motivadas por la oposición humanista a las injusticias perpetradas contra el pueblo, así como por el deseo patriótico de levantar a su país de la decadencia. La fusión de estos elementos invistió a la revolución rusa de una fuerza inmensa. Estos elementos pasarían a primer plano también en las posteriores revoluciones sociales de otros Estados agrarios. En la parte occidental de Europa, donde las estructuras económicas, sociales y de clase estaban mucho mejor preparadas para llevar a cabo las ideas socialistas marxistas, no hubo nin-

guna revolución o éstas no llegaron a la masa crítica, aun cuando, como en el caso de Alemania en 1918, también había elementos adicionales que conducían al éxito, como fueron el debilitamiento del Estado y la desesperación de millones de soldados. La experiencia actual parece indicar que el conflicto de clase entre el proletariado y la burguesía en sí mismo no fue suficiente para motivar con fuerza suficiente a las masas para una revolución socialista, aun cuando la ideología de dicha revolución pretendiera tener sus raíces en este conflicto.

II. ORIGEN Y NATURALEZA DEL ESTALINISMO

Por tanto, una estructura social atrasada y el bajo nivel de desarrollo económico desempeñaron un papel muy sustancial en las revoluciones que aquí se debaten. Hace tiempo que este elemento fue puesto de relieve por Adam Schaff, quien lo concibió como un obstáculo, por no decir como una contraindicación para la revolución socialista (A. Schaff, 1982). Si bien concuerdo con Schaff en que la atrasada estructura económica y social de los países del socialismo real, su «inmadurez» en lo que concierne al socialismo en el sentido marxista, fueron las causas principales que estaban tras los resultados finales poco menos que satisfactorios, tomaré una perspectiva diferente del impacto que este atraso ejerció sobre la propia forma de la revolución y sus consecuencias. El atraso y sus consecuencias sociales han demostrado ser un poderoso impulso y una fuerza motivadora de la revolución. En los países no atrasados, o bien la revolución no ha estallado del todo o no ha tenido oportunidad de triunfar. En los países atrasados, por otra parte, semejante estallido era, en realidad, inevitable y la victoria fue relativamente fácil y cierta. Por desgracia, de la misma manera resultó inevitable el hecho de la evolución de estos Estados posrevolucionarios en dirección a la dictadura totalitarista de izquierda, al estilo del estalinismo, el maoísmo y otros ismos.

El estalinismo, como fenómeno social, puede definirse, al menos, de dos formas: una más estrecha y otra más amplia. Hasta hace poco, los autores comunistas aplicaban este término para describir las formas excesivas de gobierno despótico y represivo, características de la URSS entre 1930 y 1953, vinculadas directamente con Stalin, el hombre. Lo que Nikita S. Jruschov criticó y condenó fue el estalinismo definido de esta manera. Hoy día, prevalece una definición más amplia del

estalinismo, calificándolo como dictadura totalitaria en el área política, vinculada integralmente con una economía de mando, centralizada, subordinada por completo al Estado. En mi opinión, la segunda definición del estalinismo, aunque probablemente aún sea incompleta, es más adecuada y se empleará en adelante en este artículo.

El estalinismo fue el producto final de la evolución de la dictadura impuesta por las masas rebeldes y armadas, organizadas por un partido revolucionario. Fue una criatura degenerada, aunque históricamente legítima. La evolución de la dictadura revolucionaria del pueblo en una dirección despótica y autócrata puede ser considerada más bien típica que excepcional, particularmente cuando la revolución es, sobre todo, de carácter social y hace surgir a la superficie de la vida política a grandes masas del pueblo ausentes hasta entonces de esa vida.

La naturaleza de la revolución y los sistemas posrevolucionarios no se decide por las consignas ideológicas de los partidos políticos, ni mucho menos por las teorías científicas, bajo cuyo impacto fueran acuñadas dichas consignas. La naturaleza de la revolución es decidida por las masas sociales, que garantizan su victoria, decidida por los intereses reales e imaginarios de estas masas, sus auténticas reivindicaciones y también —sobre todo en la fase inicial— por sus ideas utópicas y sus ilusiones.

Las revoluciones rusa y china, aun cuando fueron llevadas a cabo bajo la bandera ideológica del socialismo marxista y pretendieran llevar adelante los intereses del proletariado, fueron, en realidad, revoluciones campesinas o, más precisamente, revoluciones del segmento más pobre del campesinado. La base social para estas revoluciones fue aportada por el tipo de campesinado que no veía su futuro en la agricultura, que habían sido atraídos a las ciudades y a la industria, pero que estaban aterrorizados por el capitalismo y disgustados con él, en particular con la única forma en que lo conocían: primitivo y depredador, sin ninguna clemencia hacia el pobre y el desvalido.

En vista de la base social de la revolución, varias de las «eternas» demandas e ideas arcaicas campesinas fueron trasladadas a la primera fila de la vida política, articulándose con gran fuerza. La principal de ellas fue el igualitarismo percibido como justicia social distributiva, junto con el paternalismo, reflejado en la convicción de que la propiedad y la distribución de las fuerzas productivas daban lugar a la obligación de alimentar y vestir al pueblo, al igual que el derecho a administrar su trabajo. El único cambio aquí fue que

esta obligación y este derecho habían sido delegados ahora en el nuevo Estado «propio», revolucionario. La omnipotencia del Estado en la economía no se consideró algo malo, sino todo lo contrario, fue visto como necesaria y deseable. La «mano invisible del mercado» fue concebida por estos expatriados rurales como una fuerza extraña y amenazante, que concedía una posición privilegiada al rico y destruía al pobre y, para empeorar las cosas, anónima, contra la cual ninguna fuerza ni oración podían ayudar.

En realidad, estas propensiones al estatismo popular y las ilusiones populistas correspondían, al menos, con dos ideas de la visión marxista del socialismo. En primer lugar, está la esperanza de que la revolución pondría en manos del Estado la propiedad sobre los medios de producción y, en segundo lugar, la demanda de sustituir el mercado y la producción de artículos de consumo, como fuentes de alienación, por la planificación directa de la producción en términos sustantivos, con el tipo de asignación de productos que excluyese el mercado. Esto conjugó los temores del pueblo trabajador más pobre, motivados por una sensación de debilidad y amenaza por parte de la competencia de mercado, con la protesta de los intelectuales europeos de izquierda, arraigada en consideraciones morales, contra los efectos alienantes y diferenciadores del mecanismo económico del mercado espontáneo. La mejor prueba de la profundidad de esta aversión contra la economía de mercado por parte de las fuerzas de izquierda es el ejemplo de Oskar Lange, un prominente economista y agudo crítico de la idiosincracia que implica el modelo de dirección de la economía practicado en los países socialistas. No obstante, hasta su último aliento (murió en 1965), Lange mantuvo la esperanza de que la sustitución del mecanismo de mercado espontáneo por un cálculo econométrico sería factible y socialmente deseable. Fijaba sus esperanzas en el ordenador y lo reflejó en el último artículo de su vida, bajo el expresivo título de «La máquina de calcular y el mercado».

Leszek Nowak, un sociólogo polaco contemporáneo, observó otro factor que conducía hacia la evolución de las estructuras estatales posrevolucionarias en una dirección autoritaria y totalitarista. Nowak señaló: «Revolución significa tener a las masas sometidas a relaciones de subordinación a los gobernantes. Estas relaciones son las de la persecución, pero también los marcos dentro de los cuales tiene lugar la vida social cotidiana: producción, organización, comunicación. La victoria de la revolución conduce al desgaste gradual de la estructura del intercambio social... Pero existe

una solución: la recreación de la autoridad...» Los fervientes heraldos de la libertad pierden gradualmente su influencia sobre las masas aterrorizadas, cansadas del caos, para tornarse menos elocuentes, pero convertirse en «funcionarios» más eficaces, para quienes la multiplicación del poder es un fin en sí mismo. Ganan la delantera, porque al menos salvan cierta apariencia de orden social. Mientras mayor sea la «anarquía delirante» al principio de la revolución, más profunda será la opresión burocrática en su parte final. «La revolución victoriosa conduce primero a la anarquía, después al totalitarismo. No porque éste sea el designio diabólico de alguien..., como son los mecanismos de los procesos sociales en que participamos, pero que no podemos controlar» (L. Nowak, 1989).

En el sentido político e ideológico, el estalinismo representó el despotismo totalitario posrevolucionario, una dictadura revolucionaria degenerada. En este sentido, no existen diferencias fundamentales entre el robespierrismo y el estalinismo. Esto ya fue observado por Isaak Deutscher (I. Deutscher, 1974). Por supuesto, existen diferencias sustanciales en la escala del fenómeno, en el número de víctimas que demandó el reino del terror, en el objetivo de la burocratización, en la intensidad del impacto externo. Stalin cometió desvaríos durante varias décadas, mientras que Robespierre lo hizo durante menos de dos años. Al igual que el robespierrismo fue reprimido por otras formas de dictadura posrevolucionaria, por el thermidorismo y el bonapartismo, también el estalinismo fue sustituido por formas más moderadas de dictadura burocrática neoestalinistas. Sin embargo, no suavizaron las contradicciones del sistema, sino que las agravaron y profundizaron la crisis.

La autocracia posrevolucionaria no se desarrolló debido a un descuido en la teoría o al capricho de un individuo demoníaco. La forjaron causas muy fundamentales y fuerzas poderosas. Tuvo varios progenitores: las ilusiones populistas y estatistas de las masas oprimidas y expropiadas, se podría decir que la verdadera gran fe de nuestro siglo; las jóvenes y nuevas élites políticas burocráticas —primitivas y brutales, escasamente capaces de tratar la inmensidad de problemas y, por tanto, susceptibles ante las tentaciones de omnipotencia y arbitrariedad—; la necesidad, percibida objetivamente por la sociedad, de obtener una presa en el caos y la confusión, para atravesar la grave crisis. Desde aquí hay sólo un pequeño paso hasta las persecuciones colectivas, las represiones masivas (R. Girard, 1982) y el despotismo totalitario. Se podría decir que el surgimiento de dicho

despotismo y su éxito eran tan probables, dadas las circunstancias sociales, que resultaban inevitables, aún más, porque junto con la opresión y la persecución, junto con la idolatría a los líderes y el extremado dogmatismo, el estalinismo produjo transformaciones sociales durante un período y, en cierto grado, percibidas generalmente como progresistas. En la fase primaria, esto le aseguró el apoyo social en el país y mucha simpatía en el mundo, particularmente en las comunidades de intelectuales.

III. EL BALANCE DEL SOCIALISMO REAL

Las revoluciones socialistas del siglo XX proclamaron varios objetivos generales: independencia nacional, modernización de la economía mediante la industrialización, modificación de la estructura social a través de la urbanización y la revolución educativa, garantizando una productividad y una eficiencia mayores en cuanto al rendimiento económico mediante un sistema de planificación, sacando al pueblo de la pobreza y practicando la justicia social de acuerdo con la norma de «a cada cual según su trabajo». Estos objetivos fueron muy atractivos para las masas, en particular para los estratos más pobres y las élites intelectuales. Gracias a la victoria de la revolución, algunos de estos objetivos se obtuvieron muy rápidamente y en una escala muy amplia. Rusia y China se convirtieron en potencias mundiales. Se logró una industrialización y urbanización sin precedentes. Como regla general, los estratos sociales más pobres mejoraron considerablemente su suerte a través de la migración rural a las ciudades, se aseguraron empleos en la industria o en oficinas, atención sanitaria gratuita y un amplio acceso a las escuelas. El trabajo no estaba bien remunerado, pero era regular y seguro, pudiendo hacerse, en circunstancias de tolerancia, con bajas calificaciones y una productividad deficiente. El alojamiento era moderno, a menudo varias familias en un piso, pero los alquileres eran baratos. La asistencia sanitaria y la escolarización también dejaban algo que desear en cuanto a calidad, pero eran universales y gratuitas. La situación continuó mucho peor de lo que se esperaba y proclamaba, incluso peor que la accesible en los países capitalistas industrializados, ricos, pero todavía mejor que la situación precedente y que aún hoy puede encontrarse en las «villas miseria», los barrios bajos que crecen como hongos en los arrabales de las grandes metrópolis de los países capitalistas desarrollados.

En cuanto a otros objetivos, aquí los éxitos son menos impresionantes y evidentes. La tasa de crecimiento económico, inicialmente alta gracias al empleo del trabajo disponible y a las reservas de materias primas, comienza a descender con el tiempo, debido a la baja productividad unitaria y a la gestión económica burocrática. Los drásticos recortes y restricciones de la llamada «economía del racionamiento» (Janos Kornai, 1980) se hacen demasiado evidentes. La justicia social, puesta en práctica fundamentalmente en forma de paga igualitaria y una alta participación en los beneficios en especie y gratificaciones, junto con diversos tipos de privilegios asignados por decisión administrativa, condujo a una reducción considerable de la tradicional motivación para trabajar y elevar la cualificación, sin involucrar alguna motivación alternativa. El igualitarismo y las formas no mercantiles de trabajo remunerado demostraron ser aceptables durante algún tiempo para los estratos más pobres del pueblo trabajador, puesto que les ofrecían una notable sensación de seguridad social. Sin embargo, la situación del estrato de trabajadores más cualificados, de la *intelligentsia* y de los campesinos acomodados se deterioraba relativamente, yendo peor en algunos casos en términos absolutos, algo que se reflejaba negativamente en la producción y daba lugar a conflictos políticos. Dicho con otras palabras: los éxitos económicos y sociales del socialismo real y sus dificultades nacieron, en parte, de las mismas causas. Al principio, una economía extensiva permitió una rápida expansión industrial, pero el sistema conformado en estas condiciones, una vez que la economía alcanzaba un nivel algo mayor, demostraba claramente ser incapaz de resolver los problemas relativos a la eficiencia, el avance tecnológico y el equilibrio. A escala internacional, los países del socialismo real, cuyas economías eran atrasadas antes de la revolución, en cierto período —más o menos hasta mediados de los años sesenta— obtuvieron un crecimiento económico considerable y un avance en cuanto a civilización, en comparación con países capitalistas similares (por ejemplo, Rusia, Polonia, Bulgaria en oposición a Turquía o Grecia). Los logros de países que antes habían desarrollado industrias, por ejemplo, Checoslovaquia y la República Democrática Alemana, cuando se comparaban con Austria o la República Federal de Alemania, resultaban menos que magros.

Las oportunidades de crecimiento económico, liberadas por las revoluciones en los países del socialismo real, demostraron ser menores que las esperadas hace treinta años. En realidad, estaban

exhaustas después de haber compensado parte de los atrasos que se remontaban a la primera revolución industrial. Se manifestó una notable contradicción, cada vez más profunda, entre los logros sociales del nuevo sistema, buscando apoyo para él entre las masas, y la insuficiencia económica que emergía gradualmente a la superficie, presentando una barrera insuperable para satisfacer las nuevas aspiraciones sociales e, incluso, amenazando los niveles ya obtenidos en esta área. Las tensiones sociales dentro de este contexto han aumentado constantemente desde principios de la década de los años sesenta, y ahora han tomado las dimensiones de una verdadera crisis profunda.

El balance político y moral del socialismo real parece bastante malo, incluso realmente dramático. La revelación de la verdad concerniente a la inmensidad del terror estalinista, las hecatombes de las víctimas, el sojuzgamiento y la persecución de muchas naciones ha sido como un choque para las sociedades del socialismo real. Merece la pena observar el mecanismo de ese choque. Es más profundo y extendido en países como Polonia, donde el estalinismo fue impuesto desde el exterior, pero debido a esto fue menos poderoso y sólo afectó la superficie. La indignación moral es poco profunda y se reduce primordialmente a las comunidades intelectuales, donde el estalinismo tuvo un fuerte respaldo social en el pueblo. En la Unión Soviética, son Gorbachov y una fina capa de intelectuales los que están conmocionando y luchando desesperadamente contra los poderosos restos del estalinismo, presente no sólo en las élites, sino también en la conciencia y en la conducta de las masas.

De conformidad con la ley descubierta por la antropología moderna, la conciencia social se desembaraza rápidamente de la verdad acerca de la naturaleza colectiva de las persecuciones totalitarias, algo tan ruidosamente confirmado por las fuentes y los escritos de ciertos disidentes soviéticos (A. Zinoviev, 1980). Las sociedades se desprenden de su sentido de culpabilidad colectiva concentrando dicha culpa en individuos específicos, en organizaciones y en la propia idea que pudiera haber servido como trampolín y cortina de humo para acciones criminales. Por tanto, el choque de la desestalinización reivindicó como a su víctima no sólo al estalinismo, una forma diabólica y degenerada de socialismo, sino más bien al socialismo como tal. Así, queda garantizada la cuestión de si el socialismo, en los países socialistas, será capaz de sobrevivir a este choque, si el vendaval provocado por el estalinismo resulta no ser

fatal. La respuesta es incierta por ahora. La práctica, la vida misma, decidirán en este caso.

La cuestión del futuro del socialismo parece diferente en los países socialistas que en los países capitalistas. Allí es posible y necesario considerar la cuestión de una sociedad socialista futura y el modo de acceder a ella de la misma manera que se considera construir una vivienda nueva en un terreno totalmente vacío. En los países del socialismo real, la cuestión no concierne a la transformación de una sociedad capitalista en dirección socialista, sino más bien a encontrar una alternativa a un sistema social caricaturizado, comprometido, que dejó de ser capitalista hace mucho. No se puede construir un futuro sobre una negación absoluta del presente.

IV. OPORTUNIDADES DE SUPERVIVENCIA DEL SOCIALISMO EN LA BASE SOCIOECONOMICA

La oportunidad e, incluso, la notable probabilidad de que el socialismo sobreviva, aunque evidentemente de otra manera, en los países del socialismo real puede percibirse sobre todo en la esfera definida en la tradición marxista como la base socioeconómica. Examinemos esta cuestión más detalladamente.

La economía del socialismo real funciona muy mal. Durante años, las tasas de productividad y crecimiento han estado disminuyendo, las desproporciones se han acrecentado. Existe una inflación creciente, con una escasez paralela de muchos bienes en el mercado. El abismo tecnológico frente a los países capitalistas desarrollados es enorme. Para echar más leña al fuego, las economías del socialismo real han sido erosionadas por el cáncer de la autarquía, de la producción en baja escala, la cooperación internacional insignificante, el parroquialismo y el particularismo económico. La baja productividad y calidad del trabajo, combinadas con una acentuada expansión de las reivindicaciones sociales y una burocracia evidente, exacerban adicionalmente la situación. Como se informó en la prensa, Dobrica Cosic, el renombrado escritor serbio, habló hace poco amargamente de sus conciudadanos: «En este orden, la mayoría de los representantes de todas nuestras nacionalidades han tenido una vida mejor de la que merecían, si se considera su trabajo, sus habilidades y su honestidad... No podemos sobrevivir más de esta manera ni ser de la manera que somos».

La acumulación de estos fenómenos ha arrojado a Polonia en una crisis prolongada y muy pro-

funda, marcada no sólo por la reducción relativa, sino directamente absoluta, de la producción y del producto nacional. También han emergido elementos de crisis muy graves en las economías soviética y húngara, rumana y búlgara. Esto significa que las reformas lanzadas en los países del socialismo real para aligerar la coordinación burocrática de la economía y adaptarla a la coordinación de mercado (para emplear la terminología de Janos Kornai) sólo comporta un alivio temporal y, a veces, ninguno.

No me siento competente para explicar este estado de cosas. Los escritos de sobresalientes expertos en estas cuestiones parecen indicar que las causas son estructurales e institucionales. Kornai ha demostrado, creo que más allá de cualquier cuestión, que toda economía dominada por empresas que son propiedad del Estado y que son administradas por autoridades estatales tiene que ser una «economía del racionamiento», subordinada a objetivos no económicos y coordinada burocráticamente, empleando suaves restricciones presupuestarias, desplazando los costes de las pérdidas sobre las espaldas de la sociedad, etc. En sus últimos escritos, Kornai incluso expone sus dudas en cuanto a si las entidades económicas que constituyen propiedad pública pueden ser coordinadas efectivamente por el mecanismo de mercado en general.

No se sabe si estas entidades, ante una situación de mercado, reaccionarán del mismo modo que las compañías privadas y, de hecho, ¿por qué deben reaccionar de este modo? (J. Kornai, 1986). No creo que este dilema pueda resolverse por otra vía que no sea la práctica.

Incluso estos pocos comentarios fragmentarios indican que la economía es el punto más débil, el verdadero talón de Aquiles del socialismo real. Esto es cierto, pero, al mismo tiempo, es en esta economía donde se encuentran los elementos más perdurables de socialismo, menos propensos a la eliminación. Esto suena como una paradoja, pero es la verdad.

La parte del león de los activos productivos —en Polonia, más del 80 por 100 y en otros países socialistas, incluso más— está en manos públicas como propiedad colectiva. En la actualidad, asume en su mayoría la forma de propiedad estatal, sin «participaciones ajenas». Toda la economía puede ser considerada, en realidad, como una corporación única, administrada centralmente. Esto último parece ser la raíz de sus principales debilidades: estructura monopolizada, eliminación del mecanismo de mercado en el sentido funcional e informativo (el mercado también sirve

como fuente específica de información, sin el cual la evaluación de la efectividad y la sensibilidad de una operación económica dada no puede ser más que ilusoria), burocratización, etc. (J. Staniszkis, 1988). Parece haber probabilidades totalmente factibles y realistas de transformar esta economía en una de tipo mixta, multisectorial, fundamentalmente a través de la apertura de la vía hacia el desarrollo de empresas locales y extranjeras privadas. En Polonia, dichas probabilidades son mucho más realistas tomando en consideración el predominio de la propiedad privada de granjas campesinas en la agricultura. Sin embargo, no se podría imaginar una reprivatización de la mayor parte o de todos los amplios activos nacionales fuera de la agricultura, en particular en la industria. No existe capital disponible, capaz de comprarlos; dicha transferencia no sería factible técnicamente y, además, conduciría a una increíble resistencia pública. Hasta ahora, al menos, dicha posibilidad no ha sido contemplada en los proyectos de reforma.

Me gustaría citar la opinión de un economista polaco contemporáneo sobre este tema:

«¿Cómo se deben valorar los intentos de introducir el mecanismo de mercado en la economía polaca? En mi opinión, en el área de la propiedad estatal, dicho mecanismo jamás funcionará correctamente. Puede producir efectos positivos sólo dentro del sector privado y en la línea de contacto entre el Estado y los sectores privados. La conclusión de esto es bastante sencilla: el avance político para introducir un mecanismo de mercado en la economía polaca ha de ir acompañado por un proceso de privatización. No obstante, la privatización de la industria polaca no es posible a corto ni a medio plazo. El incremento de la participación del sector privado en la industria hasta el 30 o el 40 por 100, haciendo posible el adecuado funcionamiento de un mecanismo de mercado, demandará entre diez y quince años a lo sumo. Los recursos de capital nacionales son modestos o no muy móviles. Por otra parte, el capital extranjero se negará a involucrarse, durante muchos años, de cualquier modo importante debido al estado de nuestra economía, particularmente en el área de la balanza de pagos» (P. Bozyk, 1989).

Los esquemas de reforma han sostenido también la idea de cambiar la propiedad colectiva «sin participaciones ajenas» en una propiedad pública, colectiva, «con participaciones ajenas», es decir, en propiedad municipal, cooperativa y de grupo (en esta última, el título de propiedad sería poseí-

do por la propia dirección de los empleados). Esto significaría mucho más que las ideas perseguidas hasta ahora, que se autolimitan a garantizar sólo una «autonomía» parcial a las empresas estatales, en tanto reservan los títulos de propiedad y varios derechos vinculados con ésta para el llamado «cuerpo promotor», que, en esencia, era de nuevo el gobierno. Parece que sin desmembrar los activos de producción públicos no será posible despolitizarlos, es decir, separar la dirección política del Estado de la dirección de la economía y la producción en sentido directo. Pero incluso las soluciones que van más allá en esta dirección resultan incapaces de cambiar el hecho de que la propiedad pública colectiva continuará predominando en la industria.

Además, otro elemento aún más importante del socialismo de antaño, casi irreversible, es toda la esfera de las cuestiones sociales. Todas las encuestas de opinión pública en Polonia han indicado claramente la persistencia entre una parte considerable del pueblo trabajador, sobre todo aunque no exclusivamente entre los trabajadores, de un síndrome populista-igualitario, desconfianza hacia la privatización, resistencia a una mayor diferenciación de ingresos en la sociedad, al juego de precios en el mercado, una marcada adhesión al empleo garantizado, a la legislación que impone severas restricciones a las direcciones empresariales en la asignación de trabajos, etc. En estas cuestiones, las actitudes de las masas son anticapitalistas y prosocialistas, aunque al mismo tiempo antieconómicas. Este dilema está en la raíz de la naturaleza débil de las políticas reformistas económicas en los países socialistas y de los *cracks* que aparecen en los movimientos reformistas. Además, estas disposiciones y tendencias, de las cuales se estima que en la encuesta «Los polacos de 1984-1985» abarcan del 40 al 50 por 100 de la población urbana, dieron lugar a posibilidades potenciales de una alianza en desarrollo entre la burocracia neoestalinista y un segmento significativo de las masas populares. Cualquier futuro modelo de relaciones socioeconómicas en Polonia, y pienso que también en otros países socialistas, ha de tener en cuenta estas preferencias del pueblo y, por tanto, ha de conservar elementos significativos del socialismo.

Semejantes actitudes de las masas, en particular de sus segmentos más pobres y económicamente más débiles, reflejan no sólo prejuicios y utopías populistas, sino también el sentido instintivo de los verdaderos intereses. Polonia es un país pobre, con un producto nacional bruto *per cápita* estimado en los 3.000 dólares (algunos economistas

consideran que es aún más bajo, no más de 2.500 dólares), cinco o seis veces menos que en los Estados Unidos y cuatro veces menos que en la República Federal de Alemania. En un país semejante, en las condiciones de la «coordinación de mercado» y con un predominio de las soluciones «puramente económicas», sería inevitable una mayor diferenciación social, junto con el surgimiento de vastas áreas de pobreza. En un país semejante, debido a razones económicas, no se puede hablar de educación post-primaria general gratuita, ni de asistencia médica general gratuita de nivel moderno. En las condiciones de pobreza, se hace necesario en cierto sentido «distribuirlo» en forma uniforme. Por tanto, cualquier solución tendrá que ser un compromiso.

La naturaleza irreversible de elementos muy significativos del socialismo en la base ofrece una oportunidad para la continuación de las fuerzas y tendencias socialistas en la vida política, incluso para que ganen en altura con el paso del tiempo. Pero esto no será posible con las formas que han demostrado hace tiempo ser inútiles, incapaces de funcionar, históricamente obsoletas. Surge la cuestión de una alternativa política de tipo socialista en los países del socialismo real. Esto se refiere tanto al modelo de sistema político como al modelo de movimiento socialista.

V. ALTERNATIVA POLITICA

En la vida política pueden existir varias alternativas a la dictadura totalitaria. Semejante alternativa puede ser aportada por otra dictadura totalitaria, por una simple dictadura «no totalitaria» o, finalmente, por una democracia política pluralista. Consideremos cada una de estas posibilidades.

Otro orden totalitario, como sucesor del estalinismo, no es tan improbable como pudiera parecer a primera vista. Obviamente, tendría que ser un totalitarismo de otro tinte ideológico: nacionalista o religioso. La única exigencia sería un fuerte apoyo por parte de las masas, lo cual es relativamente fácil de obtener, por ejemplo combinando el nacionalismo con el populismo. Los estudios ahora clásicos de Hannah Arendt y Karl Popper han demostrado que las dictaduras totalitarias demandan el respaldo popular de las masas, no de las clases, pero sí de las masas; es decir, grupos atomizados, más privados de voluntad que libres. La violenta caída de las estructuras políticas existentes en países del socialismo real pudiera conducir, en una primera fase, al surgimiento de gru-

pos liberados de la antigua autoridad, pero no organizados con el propósito de organizar y ejercer otra autoridad. En tales circunstancias, sería fácil ganar el apoyo para una minoría radical, con el mérito de haber derrocado el sistema anterior, que promete la venganza de sus representantes prominentes y acoge las exigencias populistas de reivindicación. Este mecanismo elevó a los jomeinistas al poder en Irán. Existen señales que indican la formación de fuerzas y tendencias similares en las zonas musulmanas de la Unión Soviética.

En Polonia también hay señales del surgimiento de grupos radicales que proclaman el derrocamiento revolucionario de la autoridad comunista, pero manteniendo «bajo el control del pueblo» una economía de tipo autoritario, proclamando consignas de justicia distributiva e igualitarismo. Estos radicales han sido etiquetados propiamente por el antes mencionado Leszek Nowak como «bolcheviques anticomunistas». La base social, sobre la que pueden asentarse dichas tendencias, es bastante considerable y puede aumentar con la frustración y la desesperación de las masas, provocadas por una situación económica deteriorada, que, como sabemos, es un hecho en todos los países del socialismo real que han emprendido el camino de la desestalinización activa.

Otras dictaduras no totalitarias o post-totalitarias, como una alternativa al estalinismo, han sido intentadas parcialmente ya en los países socialistas. Se podrían clasificar como tales tanto el brezhnevismo en la Unión Soviética como el gobierno de Kadar en Hungría, el gobierno de Deng Xiao Ping en China o los gobiernos de Gomulka, Gierek y Jaruzelski en Polonia, después de 1956, sin considerar todas las diferencias que surgieron entre ellos. Ciertos politólogos han dudado de esta forma de dictadura por medio de un partido único como monocentrismo.

En realidad, no hubo totalitarismo en Polonia después de 1956. Incluso antes, se manifestó con formas más bien indefinidas, en mi opinión, sobre todo debido a la ausencia del debido apoyo por parte de las masas. Después del punto de inflexión de octubre de 1956, un tipo específico de equilibrio arraigó durante los años siguientes. La sociedad toleró el gobierno del Partido Obrero Unificado Polaco, aunque no se identificó con él. Este partido gobernó bastante arbitrariamente, aunque recurriendo de manera muy limitada a la fuerza. Con excepción de dos períodos de varios años (1968-1970 y 1981-1985), prácticamente no hubo presos políticos, la agricultura privada predominaba en las zonas rurales y el pragmatismo prevaleció sobre la ideología. Sin embargo, todavía ha-

bía monocentrismo, con un partido en el gobierno, un partido que continuó reivindicando su legitimidad misionera-revolucionaria. No se deben simplificar en demasía las consecuencias de este monocentrismo «no estalinista». Por una parte, hizo posible la continuación relativamente indolora del gobierno monopolista por parte de un partido único. Por otra, fue precisamente durante este período que se restablecieron numerosos vínculos académicos, científicos, culturales y económicos entre Polonia y el mundo exterior. Hubo una considerable desideologización de la política, el pluralismo floreció en la filosofía social y dentro del propio partido surgieron corrientes reformistas (la derrota de una significa el surgimiento de otra nueva), se formaron centros de oposición, etc. Se desarrollaron procesos similares, aunque en una escala menor que en Polonia, en varios países más del socialismo real.

Sin embargo, parece que ha pasado la época de estas dictaduras de transición, no estalinistas y no más totalitarias de los partidos comunistas en los países socialistas europeos. Esto no quiere decir que se deban excluir las dictaduras de otro tipo diferentes del monocentrismo de los partidos comunistas y, en particular, los gobiernos militares. La ley marcial en Polonia durante los años 1981-1983 no constituyó una forma de dictadura militar. Se llevó a efecto empleando más las fuerzas políticas que las militares, que sólo «aseguraron» las operaciones de las unidades policiales. El timón de la autoridad fue empuñado casi inmediatamente por las autoridades del partido y su aparato. En el futuro, sin embargo, especialmente si la lucha nacional pudiera suponer una amenaza de anarquía en la vida social y de colapso económico, no puede excluirse un tipo de bonapartismo, que es la auténtica toma del poder por parte de los militares, junto con el licenciamiento de todos los partidos políticos. Se podría imaginar una situación en la que la sociedad acosada estaría dispuesta a apoyar un golpe semejante. En estas circunstancias, se puede esperar fácilmente encontrar algunos generales con suficientes ambiciones, o a sus jóvenes subordinados, dispuestos a aprovechar la situación, sobre todo porque el recurso cada vez más frecuente al ejército de los gobiernos de los países socialistas, para reprimir la inquietud social (Polonia, 1981; URSS, varias veces, desde Alma Ata en 1985 hasta Fergana en 1989; más recientemente China), debe tentar a los oficiales a restaurar el orden por su propia cuenta al menos una vez. Sin embargo, esto parece ser más probable en países con plena soberanía en la esfera militar, como la URSS, China o, incluso,

Yugoslavia. En países donde dicha soberanía ha sido restringida durante décadas, los ejércitos carecen del tipo de aceptación social que se necesita para cualquier usurpación del poder.

Cualquier forma de dictadura de las aquí mencionadas, y estoy seguro de no haber agotado la lista de posibilidades, sería una solución indeseable. Después de todo, cualquier dictadura, incluso una anticomunista en cuanto a fraseología y apariencia, constituiría cierta forma de neostalinismo. Tendría que retener una parte considerable de dirección distributiva-autoritaria en el sistema económico y también estaría predestinada a acomodar elementos populistas. En el escenario más optimista, esto sería algo parecido al peronismo. La consecuencia inevitable sería la continuación de la anarquía y el colapso de la economía, la atomización de la sociedad, nuevas crisis, cada vez más graves, e, irremediabilmente, luchas por el poder. Las probabilidades de supervivencia y resurgimiento del socialismo se alejarían aún más.

La alternativa política más deseable al estalinismo, y en realidad la única que ofrece una oportunidad de superar la crisis y levantar estructuras políticas realmente sustentables, es la democracia representativa pluralista. Esta alternativa parece ser también la más ventajosa desde el punto de vista de las perspectivas del socialismo. En ella se darían las mayores oportunidades para una administración racional de la economía y de su sector público, aparte de la administración estatal, y para dar a la economía una autonomía verdadera. Esto haría posible la reducción de las presiones burocráticas y populistas; para decirlo con otras palabras, la reducción de los elementos que ahora obstaculizan o evitan directamente la creación del impulso del sector público en la economía.

La democracia pluralista ofrecería también las mejores condiciones para rejuvenecer al movimiento socialista y a las agrupaciones políticas de izquierda como tales. Incluso si la mayoría de la sociedad, como consecuencia del *shock* post-estalinista, optara inicialmente por los grupos de derecha, les ofreciera el poder, en el transcurso de la competencia democrática, se darían las mejores perspectivas para revertir esta tendencia y cambiar la mayoría. La alternativa de una democracia pluralista también parece ser la más fácil de obtener en la práctica. Por desgracia, éstas son sólo las apariencias. Se puede imaginar el siguiente escenario del cambio de una dictadura a la democracia representativa pluralista mediante reformas como las anteriores: reinstauración de la libertad para organizar partidos políticos y, después de algún tiempo lo más corto posible, llamamien-

to a las elecciones, mediante las cuales una mayoría parlamentaria aparecería para tomar el gobierno. La historia reciente conoce ejemplos de un cambio como éste, desde la dictadura a la democracia. ¿Por qué los reformadores de los países del socialismo real, incluso personas tan radicales como Gorbachov, se muestran aparentemente tan reacios a seguir esta vía? Sólo la dirigencia reformista del Partido Comunista Húngaro se está moviendo con gran precaución en esta dirección. ¿Qué es lo que retiene a los demás? Las recientes elecciones en Polonia arrojan un poco de luz sobre esto. No hay lugar aquí para avanzar más en un análisis de estas elecciones, cuya significación histórica será difícil sobreestimar. Se ha escrito mucho sobre ellas en la prensa de todo el mundo. Centremos nuestra atención precisamente en algunas cuestiones importantes desde el punto de vista de las perspectivas para la democracia y el socialismo en Polonia.

Se han elegido dos cámaras del Parlamento. El Senado fue elegido con completa libertad, con la excepción de que los candidatos no podían ser propuestos por partidos u organizaciones, sino sólo por grupos de 3.000 ciudadanos como mínimo. En las elecciones al Sejm (la cámara de representantes, llamados aquí diputados), los mandatos fueron repartidos con anterioridad: un tercio para la oposición, dos tercios para el partido gobernante. Aquí de nuevo se tornó práctica popular tener candidatos propuestos por «ciudadanos» en vez de por partidos y otras organizaciones, aun cuando la ley electoral no exige esto. Así, por la propia estructura del proceso, se dio la preferencia al modelo arcaico de democracia directa en vez de darla al moderno y pluralista. Esto se hizo bajo el mandato del partido gobernante, en particular, la dirección del Partido Obrero Unificado Polaco. Coincidiendo con el cambio de opinión radical en la reconciliación, para legalizar la oposición, no demostró suficiente coraje para desistir de su reivindicación del llamado papel dirigente del partido, que en cualquier caso, en las circunstancias polacas, es algo muy ilusorio. Temiendo dar un paso decisivo en dirección al pluralismo político, recurrió a paliativos, como el pluralismo sindical y la democracia directa. A su vez, la oposición, al declarar su voluntad de reinstaurar la democracia pluralista, manifestó en la práctica de estas elecciones una marcada falta de inclinación hacia cualquier candidatura que representara los gérmenes de partidos políticos, incluso de partidos de oposición, como el Partido Demócrata-Cristiano del Trabajo. En efecto, las elecciones se convirtieron en un asunto esencialmente dicotómico; la

rivalidad se redujo a dos agrupaciones, llamados respectivamente el grupo de la coalición gubernamental y el grupo de oposición de Solidaridad.

Actualmente, Solidaridad no es un partido ni un sindicato; para precisarlo más, es formalmente un sindicato con ambiciones de partido político y desempeña dicho papel sustitutivo. Solidaridad abarca numerosas corrientes políticas, desde el ala cristiana conservadora, pasando por la socialdemócrata, hasta el ala radical de izquierda, análoga a la «Nueva Izquierda» europea occidental. Incluye, sobre todo entre su élite dirigente, a muchos «expatriados» del Partido Comunista. Los elementos aglutinantes de este movimiento social incluyen la oposición al Partido Obrero Unificado Polaco (POUP) y al socialismo real, la identificación con la tradición de «agosto de 1980», el apoyo de la Iglesia y la personalidad de Lech Walesa.

Por su parte, también el POUP hace mucho tiempo que dejó de ser un partido político en el sentido europeo de la palabra, aun cuando surgiera en 1948 de la unión de dos de estos partidos. Ha tenido una estructura estrictamente jerárquica, donde el aparato es un elemento activo; la ideología prevalece sobre la política, y casi la mitad de sus miembros ocupan varios puestos de dirección y administración dentro del Estado y la administración económica.

Durante las elecciones de junio de 1989, las dos agrupaciones no propusieron programas diferentes. En realidad, proclamaron los mismos programas, coincidiendo durante las negociaciones de la Mesa Redonda. La oposición estuvo a favor de elecciones de una sola vuelta, con una clara alternativa personal, nombrando sólo un candidato para cada mandato potencial. El partido del gobierno intentó atraer al electorado con una variedad de candidatos que pretendían ser independientes. En efecto, el resultado de las elecciones fue decidido más por las actitudes ante el pasado que por las opciones hacia el futuro. El voto fue contra la continuidad, a favor del cambio. De alguna forma, esto fue un plebiscito.

El balance, medido por los votos, resultó 2:1 para la oposición. Se hizo evidente que el partido del gobierno todavía podía presentar un grupo de electores considerable (30 por 100 de los que votaron y 19 por 100 de todos los aptos para votar). Este es un seguimiento bastante impresionante, si se considera que el partido del gobierno tiene en su haber cuarenta años de gobierno monopolista y diez años de crisis económica. Sólo hubo errores graves, por no decir fatales, en la formulación de la ley electoral y en la realización de la campaña, que provocaron que el partido del gobier-

no, con el 25 al 30 por 100 de los votos, no ganara ni un solo asiento en el Senado.

La dicotomía política en las primeras elecciones libres de Polonia en cuarenta años ha tenido varias consecuencias importantes. La primera de todas, no condujo a la formación de estructuras políticas pluralistas. Los nuevos partidos políticos inexpertos sufrieron una derrota y estarán ausentes del Parlamento. También existen causas objetivas tras los reveses sufridos por los partidos políticos. Los intentos de resucitar los tradicionales partidos políticos polacos, como la Democracia Nacional, el Partido Socialista Polaco o el Partido Campesino Polaco, hallaron una respuesta social muy tibia. Los animadores de estos partidos confían fundamentalmente en los atractivos emocionales de la tradición. Esto es una anacronía, puesto que la propia identidad política de estos partidos estaba enmarcada sólidamente dentro de la situación política de Polonia en los albores del siglo y no se corresponden más con las realidades actuales. Quizás el poeta tuvo razón cuando dijo: «Ningún milagro podrá devolver a la vida las condiciones pasadas» (A. Asnyk). Escribo estas líneas con cierta preocupación, puesto que yo mismo siento gran simpatía por las tradiciones del Partido Socialista Polaco, el partido de mis días de juventud.

En segundo lugar, ciertas opciones políticas abrazadas por segmentos significativos del público no han emergido del todo en estas elecciones. Los datos de las encuestas sociológicas, sobre todo la encuesta «Polacos de 1984-85» antes mencionada, indican que una proporción significativa del pueblo en Polonia desconfía de las reformas económicas tipo mercado, optando por los controles de precios y el racionamiento, contra la diferenciación de ingresos y ganancias, contra los ricos que acumulan, etc. Estos criterios son compartidos por dos quintas partes de la opinión pública polaca y son particularmente fuertes entre los segmentos más pobres de la población. Esta porción del electorado no tiene a nadie que votar y sus simpatías han sido disputadas tanto por los sindicatos oficiales (en la Alianza de Sindicatos OPZZ) como por los radicales de Solidaridad, enemistados con Walesa. Ni los primeros ni los segundos estuvieron representados en las elecciones bajo sus propias banderas y no cuentan su electorado. Es posible que sus partidarios fueran parte del numeroso 38 por 100 de los votantes que no acudieron a las elecciones. Lo mismo es válido para la dirección comunista ortodoxa, los campeones del *statu quo*, para quienes Jaruzelski es un traidor y un Wallenrode (emisario oculto que apoya al ene-

migo, figura de un poema de A. Mickiewicz). Tampoco tuvieron oportunidad de contar su electorado. Existen otras señales, como los resultados de las elecciones a los departamentos del POUP y a ciertas organizaciones cívicas, que apuntan indirectamente a la continuación de la fuerte posición de dichos grupos.

En mi opinión, existe una subestimación general de las consecuencias que tantos años de gobierno dictatorial ha tenido a la larga sobre la cultura política de las élites y de la sociedad. En realidad, la dictadura es una forma de gobierno fácil, aunque no muy eficiente. De ahí que el gobierno autocrático, dictatorial y autoelegido sea más la norma que la excepción a lo largo de los miles de años de historia de la humanidad. Como ha resultado, las sociedades tienen que madurar para la democracia en un proceso prolongado. En la actualidad, las ideas sociales de democracia en la mayoría de los países socialistas tienen poco que ver con el pluralismo. Lo más común es el estereotipo de la democracia tipo plebiscito, la democracia de las reuniones, donde la mayoría decide, aunque al mismo tiempo impone la mayoría a los que sostienen una opinión diferente, forzándolos a callar.

Los gobernantes dictatoriales de varios países y sistemas también gustan de confiar en los adornos de la democracia, digamos que presentando en las elecciones a dos candidatos políticamente idénticos, celebrando plebiscitos, etc. Se ha visto que semejantes adornos de la democracia se han enquistado profundamente en la conciencia pública y, a veces, compiten efectivamente con la democracia pluralista. Tanto las élites como las masas intentan darle a estos adornos una sustancia real. Los efectos demuestran ser más anarquizantes que democratizadores. Estos son, probablemente, los efectos secundarios inevitables de los avances políticos progresistas, características comunes a todo período de transición. No obstante, complican demasiado la situación y aumentan el grado de incertidumbre en cuanto al futuro.

Una ordenación dicotómica tentará constantemente a ambas partes a establecer un sistema monocentrista de alguna manera. Una situación económica frustrante y excepcionalmente difícil puede ofrecer una oportunidad plena para esto. Sería un drama negativo, diabólico, preñado de confrontaciones, derramamientos de sangre, nuevas dictaduras. No obstante, existen fuerzas, también de ambas partes, orientadas hacia la democracia representativa pluralista. Si tienen éxito en la aprobación de la nueva legislación que permite el establecimiento de partidos políticos, aun antes de

las próximas elecciones municipales, si dichas elecciones se celebran de acuerdo a la ley electoral con cinco adjetivos (en consecuencia, los mandatos se concederán proporcionalmente y no de acuerdo a la norma de que el ganador se lleva todo), entonces conseguirán un punto de partida para establecer un sistema político pluralista en Polonia. Esta sería una situación positiva y optimista, que auguraría un desarrollo futuro bueno.

Tanto en la lucha en favor de estas perspectivas como dentro de ellas, tiene una importancia clave que surja un partido socialista de izquierda como alternativa a un partido estalinista o tipo neoestalinista. En realidad, dicha alternativa aún debe materializarse en Polonia.

¿Puede ser ofrecida dicha alternativa por un partido comunista reformado o «rejuvenecido», por el POUP? Su dirección, que en el otoño de 1988 efectuara un giro político significativo de la dictadura a la democracia, declara normalmente la necesidad de reestructurar el partido y despojarlo del legado estalinista. Quizás entonces este partido se convierta en el verdadero representante de las ideas socialistas en la vida política polaca. Desearía que así fuera. Soy miembro de este partido desde 1948, durante treinta y tres años fui miembro del Comité Central de ese partido y durante seis años lo fui de su Secretariado. Pero al valorar la situación desapasionadamente, desde el punto de vista científico, debo expresar mis dudas acerca de si dichas expectativas pueden ser llamadas realistas, por varias razones.

En primer lugar, difícilmente el POUP puede despojarse de su pasado. No es sólo ni tanto una cuestión de responsabilidad ante ese pasado, como el hecho de que durante décadas el POUP fue el partido gobernante monopolista. Todo su estilo y su manera de funcionar se han adaptado a este papel. Las élites de este partido, sus líderes, pasan grandes dificultades para despojarse de sus hábitos relativos al modo dictatorial de pensar, al voluntarismo y a la «creencia deseada», y en sus ideas de democracia los adornos ganan la partida con demasiada frecuencia a las realidades. En las nuevas condiciones de la democracia pluralista, un partido de izquierda tiene que engranarse con el mecanismo democrático, tiene que estar dispuesto a actuar alternativamente en la oposición y en la mayoría gubernamental, tiene que despojarse de sus maneras de partido-guía. Esta es una transformación extremadamente difícil, casi imposible, para una misma organización.

En segundo lugar, un partido socialista contemporáneo en un país de estalinismo colapsado requiere independencia doctrinal del pasado. Sería

difícil imaginar que habiéndose abstenido de confiar en las buenas y las malas experiencias socialistas del pasado, es decir, los logros de diversas corrientes del marxismo, ahora no pueda continuar como marxista, leninista o cualquier otro ismo en el sentido original de la palabra. Hace mucho que los viejos libros no ofrecen fórmulas para tratar los problemas contemporáneos. Nadie puede prever los desarrollos de la actualidad. El mundo se ha apartado de Marx, Lenin, Trotsky, Bujarin y Mao; se han adquirido nuevos conocimientos acerca del hombre y la sociedad. Estos conocimientos han sido desarrollados en centros profesionales, fuera de la política; en la segunda mitad del siglo XX, la ciencia se ha despolitizado ampliamente. Sólo sobre esta amplia base, acercándose a ella sin limitaciones, analizando la realidad sin inhibiciones, se pueden formular las ideas que sirvan a los ideales sociales y morales socialistas.

En tercer lugar, el POUP está lejos de ser uniforme. Durante muchos años, siempre hubo dentro de él choques, rivalidades y la coexistencia de varias tendencias. Estas diferencias son más profundas que las que distinguen a los republicanos y demócratas en los Estados Unidos. Se pudiera identificar fácilmente a varias corrientes distintas dentro del POUP: una corriente populista autoritaria, una corriente reformista liberal, otra burocrática conservadora, otra administrativa. Si cada una de estas corrientes luchara independientemente por los votos, de una manera clara para el público en general, entonces las tres juntas pudieran conseguir un seguimiento mayor que el POUP actual. Lo mismo puede decirse de la mayoría de los partidos comunistas en los países del socialismo real. La política de estos partidos es el resultado de varias presiones, compromisos y medidas a medias, de ahí las inconsecuencias evidentes, los frecuentes errores, la reacción demorada, etc.

En cuarto lugar, un segmento grande y valioso de las fuerzas de izquierda polacas permanece actualmente fuera del POUP. Diversos grupos de oposición han renunciado a ser miembros o fueron relegados del POUP desde mediados de los años cincuenta. Con mayor frecuencia, ellos representan a la secesión antiestalinista, aunque también existen algunas fracciones ultraestalinistas, como lo fuera en los años sesenta el KPP maoísta (Partido Comunista de Polonia), encabezado por Kazimierz Mijal. Parte de los «expatriados» del POUP se han desencantado del socialismo, algunos han emigrado de Polonia, aunque muchos continúan en su adhesión a la idea del socialismo democrático y las tradiciones de la izquierda. Una parte considerable de la izquierda,

el ala no religiosa de Solidaridad, está compuesto por «expatriados» del POUP, fundamentalmente procedentes de la última mitad de los años sesenta. La última secesión importante del POUP, celebrada cuando esto se escribe, tuvo lugar en 1980-1981, tomando la forma del llamado movimiento de estructuras horizontales. Este representa un acuerdo de varias organizaciones del POUP de universidades y fábricas, que tienen como objetivos la desestalinización del partido y la supresión de la supremacía del aparato. Este movimiento reunió a gente joven maravillosa, de gran celo ideológico. En la mayoría de los casos, los acuerdos horizontales perdieron en la campaña electoral para el IX Congreso del POUP, celebrado en 1981. Habiendo ganado en las organizaciones urbanas, se les impuso la mayoría en la conferencia a nivel de voivodía (que es regional), por parte de los burócratas rurales y pueblerinos que proclamaban consignas populistas. El éxito de estos últimos creó la base de apoyo social dentro del partido para la imposición de la ley marcial. Después de su imposición, la mayoría de los activistas de las estructuras horizontales dejaron el partido de una manera u otra. Su regreso al POUP parece bastante improbable, y sin ellos es imposible el renacer del movimiento socialista en Polonia. Sólo ellos pueden volver a forjar el vínculo de comprensión roto con la joven generación.

En quinto lugar, no creo que un único partido pueda ofrecer actualmente una alternativa política viable para el socialismo en Polonia y otros países similares. La propia idea de un único partido que represente las aspiraciones y los intereses socialistas de la clase trabajadora debe ser relegada al pasado. La idea nació en los días de la Primera y la Segunda Internacional, cuando el socialismo era como una religión de las masas y el movimiento socialista era algo intermedio entre una unión religiosa y un partido político. La Tercera Internacional, aunque se formara de los varios ismos dentro de los partidos socialistas, todavía impulsó este carácter casi religioso del movimiento. En cierto momento, esto ayudó a organizar y disciplinar las filas y a ganar el seguimiento de las masas. A la larga, cegó al movimiento de los trabajadores, aislándolo de la realidad, entregándolo a los guardianes burocratizados del Santo Grial rojo. La experiencia de los países del socialismo real apunta claramente a la conveniencia de la pluralidad de partidos socialistas, que reflejen la auténtica diferenciación de opiniones e intereses del pueblo trabajador y la diversidad de posibles opciones en la política socialista. Sólo con una rivalidad pluralista dentro de estas opciones será po-

sible optimizar las políticas y corregir a tiempo cualquier desviación, cualquier error.

Esta es la perspectiva general. ¿Cómo puede llevarse a la práctica? La vía a través de la disolución del POUP, aunque es la más lógica, no parece realista por ahora, y no por otra razón, sino porque el POUP, como signatario del acuerdo de la Mesa Redonda, ha de servir durante los próximos años como uno de los pilares en los que ha de asentarse el tambaleante equilibrio político del país. Por tanto, la alternativa socialista en Polonia ha de levantarse tanto dentro del POUP como fuera de él. La dirección del POUP puede prestar un verdadero servicio al socialismo de una sola forma: repudiando toda la retórica y la coerción antifraccionarias, en realidad estalinistas; volviendo al modelo de democracia tradicional del movimiento socialista; poniendo los medios editoriales y los recursos materiales del partido a disposición de las corrientes que, de hecho, existen dentro de él, incluyendo las que se oponen a la línea obligatoria y a la actual dirección. La representación en los Congresos del partido y en las autoridades supremas del partido ha de ser sobre una base proporcional. Esto permitiría durante algún tiempo mantener la cohesión del POUP junto con la democracia. A la larga, puede esperarse que surjan partidos independientes en Polonia, que representen las diferencias corrientes del socialismo contemporáneo. Creo que reunidos tendrían una oportunidad de obtener el apoyo de la mayoría del pueblo polaco. A su favor, existirían factores objetivos poderosos, en particular la alta proporción de diversas formas de propiedad pública en la economía, la ética profundamente arraigada del igualitarismo y la justicia social y, también, las tendencias en el desarrollo mundial, que fueran descritas por A. Schaff en su libro *Wohin führt der Weg?* (¿Qué futuro nos aguarda?, A. Schaff, 1985).

Ahora, para concluir, diré que en las tradiciones socialistas, en las tradiciones de la Primera a la Tercera Internacional, el socialismo fue tratado como algo similar a un «gran proyecto», según el cual había que transformar la realidad (W. Brus, 1988). Este proyecto movilizó la fe y la dedicación, pero en la práctica conllevó las simientes de la utopía y la dictadura. La democracia pluralista excluye la realización de un «gran proyecto»,

puesto que no puede ofrecer ninguna garantía de disponer de suficiente fuerza política para un gobierno prolongado y omnipotente. Pero sí ofrece buenas oportunidades para la política socialista, para una remodelación y un ajuste pragmáticos de las instituciones públicas en el espíritu de esa política. Esto no es una perspectiva de la «última batalla», de la «victoria decisiva», como proclamaban los viejos himnos de los trabajadores, pero probablemente es la única perspectiva buena y humana para el socialismo del futuro.

Julio, 1989

BIBLIOGRAFIA

- Asnyk, Adam: *Poezje (Poesía)*, PIW, 1974, pág. 383.
- Bazyłow, Ludwik: *Ostatnie lata Rosji carskiej. Rzady Stolypina (Los últimos años de la Rusia zarista. El gobierno de Stolypin)*, PWN, 1972, Varsovia.
- Bozyk, Paweł: «Fetysz rynku» («El fetiche del mercado»), en: *Polityka*, núm. 26 de 1989.
- Brus, Włodzimierz: *The «March Into Socialism». Expectation and Reality*, documento manuscrito, 1988.
- Girard, René: *Le Bouc Emissaire*, Editions Grasset et Fasquelle, 1982.
- Kornai, Janos: *Economics of Shortage*, North Holland, 1980, Amsterdam.
- Kornai, Janos: «The Hungarian Reform Process. Visions, Hopes and Reality», en: *The Journal of Economic Literature*, volumen XXIV (1986), núm. 4.
- Nowak, Leszek: «Siła przegranej rewolucji» («El poder de una revolución vencida»), *Polityka*, núm. 14 de 1989.
- Schaff, Adam: *Die Kommunistische Bewegung am Scheideweg*, Europa Verlag, 1982, Viena.
- Schaff, Adam: «Sind die sozialistischen Länder sozialistisch?», *Europäische Rundschau*, 1983, núm. 3, págs. 13-16.
- Schaff, Adam: *Wohin führt der Weg?*, Europa Verlag, 1985, Viena-Munich-Zürich.
- Skocpol, Theda: *States and Social Revolutions*, Cambridge University Press, 1979.
- Staniszki, Jadwiga: *Dynamika przelomu formacyjnego (Dinámica sobre la ruptura de una formación)*, documento para una conferencia científica internacional sobre el Sentido de la Historia Polaca y la Conformación Conjunta del Futuro, Varsovia 1988.
- Zinoviev, Alexander: «O stalinie i stalinizmie» («Sobre Stalin y el estalinismo») en *Kultura*, 1980, núms. 1-2, París.